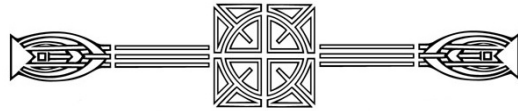


Cuentos de un Jardín Inglés

Por Josephine Hymes



Carmelhill Villa¹

Dos Halcones en el Aire



INFO ABOUT RIGHTS 2

¹ Todas las ilustraciones en esta serie de cuentos fueron generadas por Josephine Hymes usando Copilot Designer, con apoyo de DALL-E 3

² Los derechos de esta historia están registrados para exigir Atribución-Uso no Comercial -Sin alteraciones o derivados de acuerdo con el Acuerdo Internacional 4.0.

Cuando los Graham llegaron a Southampton en el verano de 1925, fue una sorpresa que Edward Perkins, con su habitual traje a rayas y corbata de moño, estuviera esperando en los muelles para darles la bienvenida. Terrence había informado a su padre de su regreso al Reino Unido, pero no había revelado la fecha de su llegada ni el nombre del transatlántico en el que viajarían él y su esposa. Así pues, con una mezcla de reserva y sorpresa saludó al secretario de su padre.

–Bienvenido de nuevo a Inglaterra, mi Lord– dijo Perkins primero, y luego se acercó para saludar a Candy, –Mi Lady, es un placer volver a verla.

–El placer es mío, Sr. Perkins– respondió inmediatamente Candy con su habitual afabilidad bajo la sombra de un sombrero cloché color durazno.

–Supongo que, si le pido que abandone las formalidades, mis súplicas no serán escuchadas, ¿No es así, Perkins?– preguntó Terrence con tono irónico.

–Me temo que tiene razón, señor– respondió Perkins bajando la mirada, incapaz de soportar el sarcasmo del joven.

Candy, al ver la situación del pobre hombre, había apretado suavemente el brazo de Terrence.

–Oh, bueno, entonces, señoréame todo lo que quiera. ¿Cómo está Su Gracia? – Preguntó el joven cambiando de tema, siguiendo la silenciosa señal de su esposa.

–Me atrevo a decir que está de un humor inusualmente bueno y en perfecta salud, señor. Le envía su más cordial bienvenida y les extiende una invitación, a usted y a Lady Candice para que lo visiten en Londres.

–¿De verdad? – dijo Terrence con cierta incredulidad, –¿En serio cree que pondré un pie en la Plaza de Saint James?

–Su Señoría también me ordenó específicamente que le dijera que la duquesa y sus hijos se encuentran ahora en Cheshire. Su Gracia ha permanecido en Londres esperando a los Lores. . .”

– Cierren sesiones, sí, sí, debería haberlo adivinado³–interrumpió Terrence con desdén –pero su señoría presume demasiado si espera que le haga una visita de inmediato–dijo Terrence comenzando a caminar hacia la salida de los muelles, seguido por los cargadores que llevaban

³ Las sesiones del Parlamento suelen concluirse Hacia finales de julio

⁵ La residencia del duque en Londres.

La casa del Duque de N*** estaba situada en Saint James' Square, uno de los vecindarios más elegantes de Londres. Se trataba de una gran casa construida durante el siglo XVIII en el estilo georgiano tan popular en la época. Incluso desde la distancia, los ojos de Terrence reconocieron las majestuosas cuñas de piedra que enmarcaban las paredes de ladrillo de la fachada. Cuando el coche se detuvo ante la puerta principal, el joven suspiró hondo, alzando la vista para mirar las ventanas de guillotina ornamentadas con cornisas dentadas. Algunos de los recuerdos menos agradables de su vida parecían estar esperándolo, asomándose detrás de los cristales pulidos de aquellas ventanas.

Al parecer, el personal había sido informado de la visita del hijo de su patrón, ya que fue Jules Daniels, el mayordomo, y no un lacayo, quien abrió la puerta tan pronto como Terrence llamó a la puerta de su padre.

—Lord A***⁶, es un placer volver a verlo—, dijo a modo de saludo el anciano que estaba vestido con un impecable frac negro y chaleco a juego.

Las mandíbulas de Terrence se tensaron ante el apelativo, pero la presión tranquilizadora de la mano de su esposa que descansaba en el hueco de su brazo alivió su aprehensión, aunque sólo fuera un poco. Entonces, tomando la resolución interna de tener paciencia con el viejo sirviente, finalmente respondió al saludo.

—Ha pasado mucho tiempo, Daniels⁷, pero le juro que usted no ha cambiado en lo más mínimo— respondió Terrence entregándole su sombrero de hongo color camello al mayordomo.

—Gracias, mi Lord, pero me temo que no puedo devolver el cumplido. La última vez que vi a su señoría, usted era sólo un niño, y ahora veo a un hombre frente a mí— explicó Daniels con una poco usual sonrisa en su rostro ajado por el tiempo.

—Y muy feliz, de hecho— respondió Terrence mientras apoyaba una mano en el hombro de su mujer —Esta es mi esposa, Candice— agregó con orgullo.

El alto Daniels se volvió entonces para ver a una joven en un vestido blanco holgado con estampado de flores de lavanda. Su cabeza estaba coronada con un sombrero de cocktail con ala ancha; bajo el ala brillaban un par de gentiles ojos verdes. El viejo mayordomo no estaba acostumbrado a ver una franqueza tan afable en el rostro de un miembro de *la familia*.

—Mi Lady, es un honor para mí— declaró Daniels con una ceremoniosa reverencia.

⁶ Siguiendo la tradición, al hijo mayor de un noble se le llama con el segundo título más alto de su padre (título subsidiario) mientras que el padre aún vive. Esto se hace como un gesto de cortesía. En este caso, dicho título es el de Marqués de A***

⁷ Tradicionalmente, los señores se referían a sus sirvientes solamente por apellido, sin añadir a dicho nombre el apelativo de señor, o señora, para marcar la diferencia de rango.

Candy hubiera preferido darle la mano al viejo mayordomo al estilo americano habitual, pero entendía bien que tal gesto sólo avergonzaría y desconcertaría al buen anciano. Entonces, ella solo asintió graciosamente.

–Es un placer conocerlo, Sr. Daniels. Mi esposo me ha contado muchas cosas buenas sobre usted.

–¿De verdad? Me alegra oírlo, mi Lady– respondió el hombre y luego, con voz casi vacilante, añadió–Y solamente Daniels será más que suficiente para referirse a mí, madame–, añadió el hombre con una ligera tensión apenas visible en su cuello envuelto en una camisa estilo piqué increíblemente almidonada.

Candice ya estaba esperando eso. A pesar de toda su disposición de tolerar las costumbres inglesas, no iba a dirigirse a una persona mayor de manera familiar sólo porque el protocolo lo ordenaba como una distinción de rango. No en vano la señorita Pony le había inculcado un profundo respeto por sus mayores.

–¿Le parecería bien si yo le pidiera que me llame Candice? – Preguntó la joven inclinando la cabeza con gracia.

–Oh . . . Por supuesto que no, mi Lady. ¡Nunca podría dirigirme a usted faltándole al respeto de esa manera!– respondió el anciano, asombrado ante la sugerencia de Candy.

–Entiendo que usted debe hacer lo que exige la etiqueta, pero entonces acepte mi propio sentido de trato respetuoso y permítame llamarlo señor Daniels.

El viejo mayordomo, que en ese momento estaba más allá del asombro no supo cómo responder.

–Creo que debe hacer algunas concesiones aquí, Daniels– se unió a Terrence, disfrutando de aquella demostración de carácter por parte Candy, –mi esposa es estadounidense, sabe usted, la democracia está demasiado arraigada en sus venas. Ahora, ¿podría llevarnos ante Su Gracia? No debemos hacerlo esperar.

–Por supuesto, señor– asintió Daniels, caminando adelante para guiar a los visitantes a través de los lujosos pasillos de mármol. Mientras caminaban, Terrence no pudo evitar el recuerdo de la última vez que había caminado por las mismas habitaciones, enojado y resentido, luego de que su padre le hubiera negado su ayuda para salvar a Candy de ser expulsada. Las cosas habían cambiado mucho desde entonces, pensó. El pecho de Terrence se ensanchó al considerar cómo la misma persona a quien su padre se había negado a ayudar ahora entraba a la casa del duque como invitada de honor. En un gesto instintivo de afecto, Terrence apoyó su mano izquierda sobre la de Candy, que estaba aferrada a su brazo derecho. El joven estaba orgulloso de la elección de su corazón.

–¡Democracia! – murmuró para sí mismo en estado de shock antes de desaparecer en los intrincados pasillos de las habitaciones de la planta baja en donde trabajaban y vivían los sirvientes.

>>>>>>>>>>>>>><<<<<<<<<<<<<<<<

El salón verde era el lugar favorito del duque en su casa de Londres. Las paredes con paneles de madera laqueada a mano contrastaban armoniosamente con los tonos verdes de la alfombra persa y la tapicería de cuero de las sillas modelo Chesterfield. Ubicada estratégicamente como una sala de estar adjunta a la biblioteca, la habitación era una especie de refugio privado que la duquesa rara vez se atrevía a traspasar.

Lord N***⁸ estaba sentado en un sillón Bergère de cuero teñido en un rico tono guinda, que destacaba frente a los tonos fríos que dominaban el resto del mobiliario. Al parecer, el duque estaba leyendo el Periódico con gran atención cuando el lacayo anunció pomposamente la llegada de Lord y Lady A***.

Inmediatamente, dejando el periódico a un lado en una mesa cercana, Richard Grandchester se levantó para saludar a los visitantes. Cuando sus ojos se encontraron con los de su hijo, y luego saltaron al descubrir la figura de su nuera que delataba su estado, una inusual sonrisa se dibujó en su rostro, dándole a su semblante un inusual y un cálido brillo en los ojos. Terrence nunca había visto esa expresión en el rostro de su padre. Había algo parecido a un verdadero afecto en ella que de alguna manera contribuyó a que el joven bajase la guardia.

—¡Terrence! ¡Candice! Me alegro mucho de verlos aquí— les dijo el hombre a sus hijos, su voz delataba los poderosos sentimientos que le afloraban del corazón. Luego, actuando de una manera inusual en él, el duque dio un paso adelante y, sin previo aviso, abrió los brazos y abrazó a su hijo.

Terrence, que no recordaba la última vez que su padre lo había abrazado así, permaneció inmóvil durante uno o dos segundos. Lentamente, como si a regañadientes despertaran en él emociones filiales que habían permanecido dormidas por un largo tiempo, los brazos de Terrence respondieron al gesto de su padre.

⁸ El título de Richard Grandchester se abreviará en estas historias. Como ocurre con los títulos nobiliarios reales, no suelen coincidir con el apellido de la familia.

Los dos permanecieron abrazados sólo por breves instantes, pero cuando finalmente se separaron, algo en el pecho de Terrence que había estado doliéndole durante muchos, muchos años, comenzó a experimentar algo parecido a un alivio.

–Debemos agradecerle su invitación, señor– habló Terrence con una voz ligeramente ronca,
–Candy, especialmente, quería verlo.

El duque volvió a girarse para ver a la joven.

–Estoy muy feliz de volver a verlo, señor– dijo Candy haciendo una reverencia.

–No más de lo que yo me siento, querida niña– Lord N *** asintió saludando a su nuera, –¿pero no quieren sentarse? – ofreció, dándose cuenta de que los visitantes todavía estaban de pie.

La joven pareja se sentó en un loveseat estilo francés en verde oscuro, junto al sillón del duque, y el anfitrión llamó para pedir el té.

Pronto llegaron los lacayos con el servicio. Mientras los sirvientes realizaban su tarea, padre e hijo mantuvieron la conversación sobre el tema neutral del reciente viaje de América a Inglaterra. Acostumbrados a tener sirvientes a su alrededor, instintivamente dejaron asuntos más personales para tratar más tarde.

Mientras estaban en el terreno seguro de la charla trivial, Terrence tuvo la oportunidad de observar que su padre estaba haciendo grandes esfuerzos por recuperar su habitual compostura. Sin embargo, era obvio que la condición de Candy lo había tomado desprevenido.

–Entonces, dime, ¿tengo razón al suponer que es necesario felicitarte? – El duque preguntó finalmente cuando los lacayos los dejaron solos, después de servir el té.

–Si se refiere al hecho de que estamos esperando un bebé, entonces tiene razón, señor, gracias– respondió Terrence solemnemente.

–Luego entonces, Terrence, has sido demasiado reservado con tu padre– respondió el duque con un tono similar al de su hijo cuando nadie sabía si hablaba en broma o en serio –nunca mencionaste nada al respecto en tu correspondencia.

Terrence permaneció en silencio, ilegible. Realmente no sabía por qué no le había revelado tan buenas noticias a su padre. ¿Temía que la noticia desencadenara una nueva guerra de voluntades entre él y su padre? Después de todo, si la criatura fuese varón, significaría mucho para la casa de N***. ¿No era así? Sin duda el duque se sentiría con derechos sobre el niño. . . “*Si es un niño. . .*”, el corazón de Terrence dio un vuelco ante este último pensamiento.

–Queríamos que fuera una sorpresa para usted, señor– intervino Candy, notando que Terrence no hallaba cómo responder a la pregunta de su padre– Yo sabía que usted estaría muy contento con la noticia y quería decírselo personalmente.

–Bueno, sí es así lo lograste. Supongo entonces que tú, jovencita, le prohibiste a Perkins estropear la sorpresa. Él no dijo una sola palabra al respecto cuando me llamó ayer.

–Parece que empieza usted a comprender el gusto de mi esposa por lo dramático– dijo Terrence, dejando que Candy se saliera con la suya con su mentira piadosa.

–¿Tú crees?– preguntó el duque maliciosamente, y luego finalmente produjo la pregunta que había estado deseando hacer desde que Candy había entrado en la habitación. –¿Y cuándo exactamente tendré el placer de conocer a mi nieto, puedo preguntar?

Terrence sintió que se le erizaban los vellos de la nuca al escuchar a su padre hablar sobre el bebé por nacer en términos tan posesivos.

–Esperamos que suceda alrededor de la primera semana de diciembre– respondió Candy, con los ojos brillando con felicidad y orgullo maternal, como si no se diera cuenta de los temores de su marido.

–Si necesitas encontrar un buen médico que te atienda cuando llegue el momento, podría recomendarte algunos nombres", sugirió Lord N***.

–Gracias, señor– respondió la joven con genuino agradecimiento –si conociera usted a alguien ubicado en Stratford, se lo agradecería mucho.

–Pensé que preferirías estar en Londres para el evento– dijo el duque desconcertado.

–Mi trabajo es en Stratford y es allí donde vamos a vivir; luego entonces, lo más natural es que el niño nazca allí– respondió Terrence comenzando a perder la paciencia ante la insistencia de su padre en el tema.

–Ya veo. Luego entonces, si Candice me lo permite, le pediré a Perkins que haga algunas averiguaciones sobre médicos de renombre en Stratford– dijo el duque, mirando a su nuera mientras intentaba ignorar el tono ligeramente hostil de Terrence.

–Me gustaría mucho, señor, y nuevamente agradezco su interés. Tan pronto como lleguemos allá dentro de una semana, me gustaría atender el asunto– respondió Candy, realmente contenta de poder tener a alguien que la ayudara con un detalle tan delicado.

–Oh, sí, escuché que no viajarán a Stratford de inmediato. ¿Dónde se alojarán en Edimburgo? Preguntó entonces el duque, viendo una buena oportunidad para cambiar de tema.

–En el NB ⁹– respondió Terrence también feliz de sacar el delicado tema de su hijo fuera de la conversación –planeamos quedarnos allí para descansar unos días antes de que comience a trabajar con mi nuevo empleador.

–Entonces, ¿por qué no te quedas en Carmelhill Villa? El duque propuso de repente mientras dejaba lentamente su taza de Royal Copenhagen ya vacía sobre la mesa de té –Está alejado del ruido de la Royal Mile¹⁰. Si están buscando escapar del bullicio, el lugar es perfecto para eso, especialmente ahora que la Escuela de Verano de la Academia Saint Paul, que solía albergarse en la parroquia cercana, se mudó a otra ubicación. Además, el vecino más cercano, el Baronet de S***, estará de gira por Italia este verano. Por lo tanto, ustedes disfrutarían de total privacidad. Por otro lado, si quieren visitar la ciudad, o visitar el Castillo de Edimburgo, siempre pueden utilizar el coche que dejé allí la última vez que fui.

–¿Se quedó usted en Carmelhill? – Preguntó Terrence, eligiendo no mencionar la invitación de su padre, su curiosidad y sorpresa anteponiéndose a sus buenos modales. Hasta donde él sabía, su padre no había visitado el lugar desde que el joven actor era apenas un niño.

–Bueno, sí– respondió Richard Grandchester bajando sus ojos grises, eludiendo la mirada inquisitiva de su hijo –Fui allí el verano pasado por sólo unos días.

Terrence hizo un gran esfuerzo por mantener su habitual serenidad, pero aun así no pudo evitar hacer más preguntas.

–¿Su *dama* fue con usted? – preguntó el joven, mencionando a su madrastra de la manera más indirecta posible. Simplemente no podía creer que Beatrix hubiera puesto un pie en el lugar donde una vez se había hospedado el duque en compañía de otra mujer.

–¡No! ¡Por supuesto que no! –El padre de Terrence respondió, esta vez sonando como si la simple idea de que su esposa se quedara en la villa de Edimburgo fuera un acto sacrílego hacia aquel lugar –Ella y sus hijos pasaron ese verano en Windermere¹¹ . . . Yo– vaciló, esforzándose por explicar sus motivos –necesitaba algo de tiempo a solas. . . mmm, para reflexionar sobre una serie de cuestiones. La soledad del lugar inspira a la meditación.

–Oh, estoy absolutamente de acuerdo, señor, es un lugar plácido y hermoso– intervino Candy en un claro intento de reducir la repentina incomodidad de su suegro.

⁹ El Hotel North British, hoy conocido como el Hotel Balmoral.

¹⁰ La avenida principal de Edimburgo, flanqueada a un extremo por el Castillo de Edimburgo y por el otro por el Palacio Holyrood.

¹¹ Localidad donde se encuentra la principal casa de veraneo del duque, ubicada en el Distrito Lacustre, al norte de Inglaterra.

–Entonces, ¿también conoces Carmelhill, Candice? – Fue la pregunta inmediata de Lord N***, visiblemente intrigado por la chispa de entusiasmo en la expresión de la joven.

–Oh, sí, señor, Terry y yo tenemos recuerdos muy entrañables de esa casa. Pasé un verano en Escocia para asistir a la escuela de verano, cuando era estudiante en Saint Paul, ¿sabe usted? Terry se quedó en Carmelhill ese mismo año y nos invitó, es decir, a algunos de nuestros amigos y a mí, para que lo visitáramos en la villa– narró Candy, y Terrence sonrió para sus adentros cuando notó que su esposa había editado la historia para hacerla apropiada para los oídos de su padre.

–Interesante, nunca pensé que Terrence fuera alguien a quien le gustara hacer de anfitrión y recibir visitantes– comentó el hombre; era claro que leía algo más entre las líneas de la narración de Candice. –Bueno, entonces parece que la casa tiene un lugar especial en el corazón de más de una persona en esta familia– añadió casi en un susurro, como si hablara solo, pero luego recuperó su habitual tono seguro y añadió –¿Qué dices, Terrence? ¿Le anuncio a la familia Codd que te quedarás allí?

El joven se debatía entre el deseo de mantener la relación con su padre en un estado amistoso pero distante y la tentación de visitar con su esposa un lugar tan íntimamente conectado con su pasado común.

–Ya tenemos reservaciones en el hotel– se resistió.

–Las reservaciones se pueden cancelar, hijo– fue la inmediata respuesta del duque en el tono de un hombre acostumbrado a hacer lo que le venía en gana en todo momento.

–¡Oh, sí, Terry! ¡Me gustaría mucho quedarme allí! – Candy suplicó a su marido con una expresión suplicante en sus grandes ojos verdes que podría haber hecho que un glaciar se derritiera.

Los ojos del duque sonrieron yuxtapuestos en su rostro impasible mientras observaba cómo aquella mujercita podía influenciar la voluntad de su testarudo hijo con tan sólo un aleteo de sus largas pestañas.

–Muy bien, si estás tan entusiasmada con la idea, Candy, estaré encantado de aceptar la invitación de Su Gracia– había admitido finalmente Terrence. Su deseo de complacer a su esposa obviamente ejercía un control más fuerte sobre su voluntad que sus temores de verse en deuda con su padre.

El joven se volvió entonces para mirar a su padre a los ojos y, por un fugaz momento, vio algo allí que parecía empatía. Era como si el hombre mayor le hablara a su hijo, a su manera silenciosa, diciéndole que él también sabía lo que era estar tan perdidamente enamorado de un par de ojos luminosos.

–Bueno, probablemente tengas razón, Terry– admitió mientras apretaba suavemente su mano entre las de ella, –Quizás estoy demasiado feliz de estar aquí contigo después de tanto tiempo. Pero prométeme que nos llevaremos algunos de los pasteles que nos hizo la señora Codd. . . Y

¹² El lujoso tren de pasajeros que aún hoy circula de Londres a Edimburgo

Llevaron el mismo AC Royal Roadster que el señor Codd había usado para recogerlos en la estación de ferrocarril, bajando el capote, para disfrutar de la brisa. Terrence se preguntó una vez más acerca del extraño comportamiento de su padre. ¿Qué había impulsado al duque a regresar a Edimburgo el año anterior, dejando uno de sus coches en el garaje, como si tuviera

intención de regresar allí pronto? El joven concluyó que los cambios inesperados de su padre estaban resultando más intrigantes de lo que podría haber estimado. Sin embargo, razonó, que no era necesariamente cierto que tales cambios no fuesen bienvenidos.

–Te ves feliz, mi amor– sugirió su esposa, mientras despejaba la frente del joven de un errante mechón que el viento había alborotado.

En lugar de un más traje de verano más formal, Terrence había elegido un conjunto más relajado, con sólo pantalones de lino y un suéter de cricket sin mangas sobre una camisa de algodón. Todo su ser respiraba un aire relajado que a Candy le encantaba.

–¿Estoy sonriendo sin darme cuenta? – preguntó él con la mirada fija en el camino.

–No necesitas sonreír para que yo sepa que estás contento, Terry– respondió ella –Hay algo en tus ojos que me dice que lo estás ¿Y por qué no estarías contento? El día es glorioso. . . y tenemos tantos buenos recuerdos a cada paso del camino. Mira, ahí se ve el lago, justo ahí abajo ¿Recuerdas cuando Eliza se estaba ahogando justo en ese punto?

–Y ese es un buen recuerdo porque. . . – Él la picó con una expresión sardónica.

–Porque fuiste muy galante y dulce al rescatarla, aunque sigo pensando que ella sólo estaba fingiendo– dijo Candy con una risita.

Terrence asintió con la cabeza, reconociendo interiormente que había sido engañado por los trucos de Eliza.

–Durante muchos años lamenté mi galantería, créame– le dijo a su esposa, –debí haberla dejado que se ahogara allí mismo ¡Le habría hecho un gran servicio a la humanidad!

Ambos rieron a carcajadas ante esa ocurrencia, pero su risa fue repentinamente interrumpida cuando el auto llegó al lugar que habían estado buscando. La belleza del lago abrazado por el bosque los tomó por sorpresa.

–¡Oh, Terry, casi había olvidado lo único que es este lugar! –Declaró Candy casi en un susurro, siendo la primera en romper el silencio.

El joven estacionó el auto cerca de la orilla y se tomó su tiempo para contemplar la vista. Ambos permanecieron en silencio mientras Terrence apretaba suavemente la mano de Candy entre la suya. *“El color más antiguo del Mundo, sombra del cielo y del agua”*¹³, invadió de repente sus sentidos con recuerdos de los sentimientos más dulces que compartían.

¹³ Poema de Keiko Nagita

—No cabía en mí mismo cuando me di cuenta de que habías venido a verme ese verano— confesó él— lo había deseado tanto— pronunció con sólo un fragmento de su voz que era normalmente grave y clara, y su esposa entendió inmediatamente lo que él quería decir.

—Supuse que me habías invitado, quiero decir, a tu taimada manera, por supuesto— respondió la joven admirándolo mientras la luz de la mañana acariciaba su rostro —entonces, elegí estar contigo ese verano, Terry. . . y siempre me he alegrado de mi decisión. Por muchos años, el recuerdo de esos días permaneció en mi mente como el momento más feliz y perfecto de mi vida.

—¿Por muchos años? — preguntó con una mirada impertinente —¿Debería entender que nuestro tiempo aquí ya no es **el** momento más feliz de tu vida?

Una enigmática sonrisa se insinuó en el rostro de Candy. Luego, apoyó la cabeza en su hombro, en un gesto afectuoso.

—Hemos creado recuerdos más dulces durante el último año, mi amor— explicó.

Terrence no respondió a eso. Solamente respiró profundamente, como en un suspiro silencioso, poniendo su brazo derecho alrededor de ella. Permanecieron un breve rato en esa posición, hasta que tácitamente decidieron que era hora de bajarse del auto.

La mañana transcurrió feliz y tranquilamente. Disfrutaron de un desayuno ligero de panecillos de avena, miel, varios quesos, fruta y té; dejando que sus cuerpos digirieran lentamente la comida mientras se tumbaban sobre un enorme mantel a cuadros rojos y blancos.

Antes de emprender su viaje a Inglaterra, Terrence había comprado una nueva edición de “Hojas de Hierba”. Había dicho que era un intento de tomar consigo un pedazo de Estados Unidos y mantenerlo cerca de su corazón. Entonces, fue de los poemas libres de Whitman que leyó en voz alta algunas selecciones esa mañana. Como en el pasado, Candy se sentó cerca de él, escuchando la música de los versos. En el bosque, las espigas de brezos color violeta y los botones de oro¹⁴ bailaban suavemente al ritmo de la brisa.

*“Considera, tú que me lees,
Si acaso no esté yo, en modos desconocidos, mirándote ahora.
Sé firme, haz valla sobre el río, para sostener a los que se reclinan ociosos,
pero que se apresuran con la veloz corriente;
¡Vuelen, aves marinas! Vuelen de lado o giren en grandes círculos en el aire;
Recibe el cielo de verano, tú agua,
¡Y fielmente sostenlo hasta que todos los ojos abatidos puedan apreciarlo!”*

La voz de Terrence resonó en el céfiro de verano.

¹⁴ Ranúnculos silvestres o “butter cups” (para los aficionados a identificar flores).

–Es como si él le estuviera cantando a todo y para todos. . . como si me estuviera dirigiéndose a mí, en este mismo momento”, se aventuró a comentar Candy cuando Terrence hizo una pausa para respirar.

–Ese es el efecto que tiene Whitman en las personas que son lo suficientemente sensibles como para escucharlo. Sin embargo, no me sorprende tu capacidad para comprender esta poesía, que ha sido tan terriblemente incomprendida por muchos”.

Candy se rio sonoramente.

–¿Y dónde crees que residen mis poderes como crítico literario? – preguntó burlonamente.

–Oh, bueno, riete si quieres, pero lo digo en serio– comenzó él –Permíteme dar más detalles. Verás, para mucha gente soy una especie de enigma– comenzó en tono melancólico –sé que no soy el tipo de hombre que le gusta a la gente, y mucho menos alguien por quien la gente se llegue a molestar en entender. Sin embargo, tú siempre has leído en mí como un libro abierto. Luego entonces, si puedes ver más allá de mi mal humor, también puedes ver el corazón del buen Wally¹⁵ entre sus líneas– explicó Terrence.

Candy miró hacia arriba, como si sopesara las palabras de su marido.

–No sé mucho sobre poesía, pero esto lo sé bien, Terry– dijo finalmente –la persona severa que muestras al mundo no es tu verdadero yo. Sin embargo, si crees que siempre lo entendí, estás equivocado. Sólo tuve suerte de toparme contigo una y otra vez en la escuela. Así es como finalmente pude empezar a comprenderte, a pesar de que tú te tomabas la molestia de enviarme todo tipo de mensajes contradictorios ¡A veces pensé que me volverías loca! – Entonces se rio, inclinando la cabeza hacia un lado y sus rizos rubios cayeron en cascada sobre sus sienes.

–Así que todo salió como yo lo había planeado– añadió el joven con una sonrisa que ella sabía era el presagio de uno de sus comentarios impertinentes.

–Por favor, dime, ¿exactamente qué fue lo que planeaste, querido TG? –Pidió una aclaración con tono desafiante.

Los ojos de Terrence brillaron con una mezcla de alegría y deseo.

–Bueno, acabas de decir que 'te topabas conmigo' muy a menudo en ese entonces– comenzó, levantándose de su posición más relajada para recostarse apoyado sobre su codo derecho.

–¿Y . . . ?

¹⁵ Walter Whitman, el autor de los poemas que están siendo comentados.

–¿De verdad crees que todos esos encuentros siempre fueron coincidencias? – Insinuó.

–¿Estás diciendo que tú, provocabas el . . .? – fue interrumpida en medio de la oración por los movimientos repentinos del hombre que capturaron sus mejillas en sus manos y sus labios en los suyos. El beso empezó tempestuosamente, justo al estilo que él usaba cuando estaban en la intimidad de su alcoba. Fue una desinhibida invasión de su boca, un ardiente movimiento para saborear en un solo impulso la tibieza de su lengua.

En más de seis meses de vida matrimonial, Terrence siempre había dejado esas demostraciones desinhibidas para los momentos en los que estaban confinados entre cuatro paredes. Sentir un beso así al aire libre y dejarlo durar lentos y deliciosos segundos era algo para lo que Candy no estaba preparada.

–Por supuesto– le murmuró al oído, cuando su boca finalmente liberó la de ella para respirar, –seguramente entiendes que fui yo quien te buscaba; no, más bien te acechaba a cada paso que dabas, Pecas.

–¿Tenía un acosador y no me percaté de ello? – preguntó ella avivando su fuego.

–Más eficaz que eso, creo yo– continuó besando el lóbulo de su oreja izquierda –un acosador busca imponerse ante el objeto de su obsesión, pero yo tenía la intención de atraerte. Aunque fui bastante torpe en mis intentos, como el cachorro inexperto que era, pero debo haber hecho algo bien, porque obtuve lo que quería.

–¿Que era . . .? – insistió ella en continuar, empezando a temer que su marido la estuviera poniendo de humor para actividades que no eran apropiadas para entornos al aire libre.

–Acabas de admitirlo. . . volverte loca; loca por mí, por supuesto– respondió entonces, sólo para insistir en un segundo beso justo después de sus últimas palabras juguetonas.

Para entonces, ambos ya estaban acostados. Candy estaba acurrucada en su brazo izquierdo, y la mano derecha del hombre se deslizaba peligrosamente hacia su garganta y amenazaba con continuar descendiendo.

En el calor del momento, la joven apenas podía pensar. Sin embargo, se esforzó en mantener la suficiente cordura como para darse cuenta de que había que hacer algo. Si no paraban pronto, las cosas llegarían a un punto en el que a ninguno de los dos les importaría lo que pudiera pasar.

–¿No crees que sería genial nadar en el lago ahora mismo? –Ella sugirió al primer segundo que él liberó sus labios para tomar un poco de aire.

Terrence intentó abstenerse de sonreír ¿No estaba llegando justo al punto que él quería? Sin embargo, fingió una resistencia inicial a la idea.

–¿No estará el agua demasiado fría? – preguntó, acariciando la mejilla de ella con su dedo índice.

–Tal vez esté un poquito fría, pero el sol ya está bien alto. Estoy segura de que será agradable– respondió levantándose de su lugar sobre el mantel para buscar los trajes de baño que había empacado.

Aún acostado sobre la manta, Terrence estiró los brazos y los cruzó tranquilamente detrás de la nuca. Con su habitual aplomo, empezó a silbar un viejo aire escocés (Loch Lomond). Esperó pacientemente hasta que su esposa rebuscó entre las dos grandes cestas que había traído para el picnic, sin poder sacar los trajes de baño.

–No encuentro los trajes– dijo finalmente visiblemente decepcionada.

–¡Qué pena! Entonces, ¿nos perderemos el baño? – preguntó él en tono resignado, como si no prestara atención al puchero que Candy estaba haciendo.

–No entiendo. Recuerdo claramente haber empacado los trajes– insistió rascándose sus rizos rubios.

Él continuó silbando su melodía por unos segundos más, ignorando la frustración de su esposa. Sin embargo, después de un rato de silencio, dijo con calma, mientras observaba las uñas en su mano derecha como si fuesen la cosa más interesante del mundo–Podríamos nadar de todos modos. Después de todo, uno nunca está seguro del clima cambiante en Edimburgo, hoy hace muy buen tiempo, pero no podemos decir cómo estará mañana. Sabes bien que ésta es la temporada de lluvias”.

–¡No estás sugiriendo que vayamos a bañarnos desnudos, Terry! – Ella se quedó boquiabierta y escandalizada.

–¿Por qué no? – preguntó con una sonrisa de reojo, –No vas a actuar tímida conmigo ahora, ¿verdad? ¿Tengo que recordarte que somos marido y mujer?
La expresión de asombro de Candy era tan cómica que Terrence estuvo tentado de estallar en carcajadas, pero como buen actor se controló, manteniéndose serio y callado.

–Pero . . . pero . . . ¡Alguien podría aparecer en cualquier momento mientras nadamos! ella se resistió.

–Esta es propiedad privada, Candy, no hay nadie más que tú y yo en unos 15 acres de bosque– respondió.

–Pero debe haber inquilinos¹⁶ en algún punto del terreno– argumentó la joven girando la cabeza a derecha e izquierda, como buscando alguna mirada indiscreta escondida.

–Los Coddys son los únicos inquilinos en Carmelhill Villa, pero su granja está en el lado norte de la propiedad. Nunca se aventuran a este lado a menos que sean llamados a hacer algún servicio en la casa. Entonces, considerando eso, voy a darme un buen baño– declaró con total naturalidad, levantándose de su lugar sobre la manta.

–¿Pero no hay vecinos? ¿Qué pasa si están cazando en sus terrenos y accidentalmente entran a la propiedad de tu padre persiguiendo su presa?– Intentó proponer un último argumento, aunque sabía que sonaba terriblemente débil.

–¡Tonterías! – Respondió él– ¿No escuchaste lo que dijo “*Su Gracia*”? El baronet y su esposa están en el continente este verano; e incluso, si estuvieran aquí, nunca entrarían sin autorización en la propiedad del duque. Además, mira esas nubes que vienen del Este, puede que esté lloviendo en una hora o dos. Vamos, Pecas, ¡no seas tontuela! – la desafió él, quitándose rápidamente la ropa.

Al ver que los argumentos de su esposo tenían sentido, Candy respiró hondo y comenzó a considerar el encanto de la propuesta de Terrence. El calor del día estaba en su punto máximo, el agua parecía fresca y tentadora, y la vista de su marido, que ya estaba medio desnudo, era provocativa. Sin embargo, Candy no había sido criada con una estricta moral católica en vano. Así pues, le tomó un momento de debate silencioso consigo misma para aceptar la idea.

Desde la orilla, Terrence observó el rostro de la joven que dejaba ver su lucha interna. Sabía que Candy se había sentido un poco incómoda con sus atrevidos avances y le había propuesto nadar como salida. Que su subterfugio sólo la hubiese llevado a una situación aún más escandalosa lo divertía a más no poder.

–Nunca pensé que podrías ser una timorata¹⁷ de la calaña Neil Lagan– dijo Terrence antes de soltar su última prenda y meterse en el agua.

Esta última pulla tocó una sensible fibra en la naturaleza combativa de Candy. Así pues, moviéndose tan pronto como le fue posible, la joven se desnudó y se sumergió en el lago en lo que dura un chasquido.

A pesar de su rapidez, Terrence tuvo tiempo suficiente para disfrutar de la vista mientras nadaba perezosamente con lentas brazadas de dorso. La linda figura de Candy, que ya

¹⁶ Las grandes propiedades inglesas usualmente se fraccionaban en pequeños lotes lejanos a la casa principal, los cuales se rentaban a quienes estuviesen dispuestos a dedicarse a la agricultura o la ganadería.

¹⁷ La palabra usada en el original en inglés es “funk”: Argot británico para cobarde

mostraba la curvatura de un embarazo de cinco meses, le recordaba algunas pinturas propiedad de su padre. En su infancia, se había colado a menudo en la galería privada del duque, donde el hombre guardaba algunas de las obras prohibidas de Courbet¹⁸. Recordó que su joven mente había despertado por primera vez al erotismo al ver aquellos sensuales cuadros al óleo. La esplendorosa luz del verano, que brillaba sobre la piel de su esposa, tenía exactamente el mismo efecto translúcido que Courbet había logrado al representar las generosas curvas de sus modelos. Con asociaciones tan placenteras, para cuando la silueta redondeada de Candy se sumergió en el agua, el cuerpo de Terrence ya había respondido, anticipando la calidez de un abrazo íntimo. El joven esbozó una impúdica media sonrisa. Fue necesario un poco de persuasión y un pequeño truco para convencer a su esposa de que se bañara desnuda con él. Seguramente haría falta alguna seducción adicional para alcanzar su fin original, pero disponía de tiempo suficiente para seducir todo lo que fuera necesario.

Ajena a los pícaros planes de su marido, Candy estaba empezando a disfrutar el baño. Fue invadida por una sensación de libertad y decadente dicha que no había experimentado antes. Sintiendo con ánimos de jugar, se sumergió en aguas más profundas avanzando hacia su marido que simplemente estaba flotando y mirando al cielo.

—¿Vas a hacerle al muerto todo el día? – dijo ella cuando apareció justo frente a él.

—Y seguramente piensas que tu estilo de natación es muy elegante, ¿verdad?— respondió antes de desaparecer bajo el agua, sólo para salir a la superficie nuevamente detrás de ella.

Rápidamente la tomó en sus brazos mientras nadaba hacia el vado. Ella se estremeció ante el contacto de su espalda contra su pecho, pero no resistió su liderazgo. Ambos se movían en nadando a dorso coordinadamente, la mano de Terrence sosteniendo con cuidado el vientre de ella.

— *“Cuando escuché, al final del día¹⁹”,* –recitó él a oídos de ella los mismos versos que habían estado leyendo un rato antes, – *“cómo mi nombre había sido recibido con aplausos en el capitolio, aun así la noche que siguió no me trajo felicidad, pero el día en que, al amanecer, me levanté del lecho en perfecta salud, renovado, cantando, inhalando el aliento maduro del otoño, cuando vi la luna llena en el oeste palidecer y desaparecer con la luz de la mañana”* – hizo una pausa cuando sus pies tocaron el fondo poco profundo del lago. Sus brazos uniéndose para abrazarla –*Cuando vagaba solo por el lago*– continuó, torciendo los versos a su conveniencia, –*y me desvestía para bañarme, reía con las frescas aguas y veía salir el sol, y cuando pensaba en cómo mi querida amiga, mi amante, venía hacia mi ¡Oh, entonces fui feliz! Oh, entonces cada respiro me supo más dulce, y durante todo ese día mi comida me alimentó más, y el hermoso día transcurrió bien, y el siguiente llegó con igual alegría, y con el siguiente, al anochecer, llegó mi amiga”*.

¹⁸ Gustave Courbet, un conocido pintor francés del siglo XIX: https://www.metmuseum.org/toah/hd/gust/hd_gust.htm

¹⁹ De Hojas de Hierba, de Walt Whitman: Libro V: *Cuando me enteré al final del día*.

Luego se detuvo, su boca buscó la suave piel de su nuca con ardiente fervor. Bajo el agua fría, acarició suavemente la pierna izquierda de ella con la suya. En ese momento, Candy entendió completamente las intenciones de Terrence. No sabía cómo había logrado convencerla de contradecir su idea de la decencia. De hecho, incluso encerrada en un feliz abrazo desnudo, algo dentro de su cabeza le decía que debía detenerlo. Sin embargo, los sentimientos que él estaba despertando en ella eran tan tentadores que no pudo encontrar la energía para oponerse. . . ¡Oh, pero debería hacerlo!

–Terry, espera– dijo débilmente.

–¿Por qué deberíamos de esperar? – preguntó entre besos –¿No te sientes como en un poema? ¿No es el caso que *"dos halcones en el aire, dos peces nadando en el mar no son más anárquicamente libres que nosotros"* ²⁰ hoy? Vivamos esta libertad que por fin podemos disfrutar, Candy.

Y con su dicho, el joven dio rienda suelta a la pasión, buscando con sus manos ahora expertas los puntos secretos que encendían la pasión de ella. Pronto, el agua que rodeaba sus cuerpos se sintió mucho más cálida y ella no pudo reunir la fuerza de voluntad para resistirlo. Cada centímetro de su piel parecía haber encontrado en él la contraparte perfecta: su espalda sintiendo el calor de su pecho, sus muslos sintiendo el pulso ardiente de su cuerpo, encontrando su camino hacia dentro de ella. Luego, por momentos intensos, las ondas temblorosas del lago, el bosque fragante y las nubes que comenzaban a flotar en el cielo desaparecieron de su conciencia. El universo quedó reducido al sonido de su voz y al calor incandescente que emanaba de sus cuerpos. El fuego alcanzó un punto blanco y brillante y luego descendió lentamente. Sus cuerpos flotaban juntos, como si no pesaran más que una semilla de diente de león suspendida en la brisa. Luego, mientras aún se encontraban unidos en una sola carne, las manos de Terrence que sostenían el vientre de Candice sintieron por primera vez los movimientos de su hijo.

–¿Lo sientes, Terry? – ella le dijo en voz baja.

–¿Es? . . . ¿mi hijo? – preguntó con confuso deleite.

–Nuestro bebé–, lo corrigió ella, sonriendo internamente ante el paso en falso de Terrence que delató sus deseos no confesados– no podemos saber aún si es un niño o una niña.

–Lo sé– admitió riéndose de su error, –¿Cuánto tiempo llevas sintiendo esto?

–Las patadas comenzaron apenas la semana pasada. Ya era hora– explicó y luego volvieron a sumergirse en un agradable silencio.

²⁰ Hojas de hierba, Libro IV: De ríos dolientes

En ese momento, Terrence sintió la extraña certeza de haber alcanzado un nuevo nivel de dicha. Los sentimientos de soledad que alguna vez se habían albergado obstinadamente en su corazón ahora parecían extraños. . . distantes. Abrazando el cuerpo de su esposa, unido a ella, con el hijo de ambos creciendo dentro de ella, no había lugar para la inseguridad, los celos o soledad de ningún tipo. Él era, sin lugar a dudas, el guardián y protector de su propia familia. Deseó que sus seres queridos pudieran permanecer encerrados en su abrazo, como lo estaban ahora, para siempre. Pero era plenamente consciente de que tales deseos no son más que ilusiones. Pronto, la conexión íntima de sus cuerpos se perdería y sólo el vínculo espiritual perduraría.

Cuando Terrence juzgó que la temperatura corporal de ambos había descendido demasiado para tolerar el agua fría, tomó a su esposa en sus brazos para regresar a la orilla. Allí, yacieron juntos sobre el mantel, cubiertos por las batas de baño que Candy había empacado por la mañana. Mientras descendían a un sueño dulce y pacífico, un par de halcones surcaban el cielo sobre sus cabezas.

Esa tarde regresaron a la casa antes de lo previsto porque las nubes seguían acumulándose y tornándose más grises. Cuando finalmente estalló la tormenta, ya entrada la noche, estaban tumbados juntos sobre la alfombra de pieles, en la habitación azul. El crujido del hogar se mezcló con el sonido de fuertes gotas de lluvia chocando contra el cristal de la ventana. En sus cabezas todavía podían escuchar las tranquilizadoras palabras de Whitman:

*“Y esa noche, mientras todo estaba en silencio,
oí las aguas rodar lenta y continuamente sobre la playa,
Escuché el silbido del líquido y las arenas que se dirigían a mí
susurrando para felicitarme.*

*Porque más grande amor yacía durmiendo a mi lado
bajo las mismas frazadas en la noche fresca,
En la quietud de los rayos de luna otoñal,
su rostro estaba inclinado hacia mí,
Y sus brazos rodearon ligeramente mi pecho,
y esa noche fui feliz”²¹*

²¹ Fragmento de: Cuando me enteré al final del día.